

ESPACIO HABITADO Y ESPACIO PRACTICADO: LEER LA CIUDAD A PARTIR DE RICOEUR Y CERTEAU

Elsio José Corá¹

Universidad Federal de Fronteira Sul, campus Chapecó,
Santa Catarina (Brasil)
cora@uffs.edu.br

Paula Cristina Pereira²

Universidad de Porto (Portugal)
psilva@letras.up.pt / paulacristinap@sapo.pt

Resumen: Este artículo tiene como objetivo analizar la articulación entre los conceptos espacio habitado y espacio practicado en el ámbito del pensamiento de Paul Ricoeur y de Michel de Certeau. Se busca responder a siguiente cuestión: ¿en qué sentido el espacio habitado y practicado constituyen el tejido de la narrativa? Se mencionan, a partir del “aquí y ahora” del acontecimiento humano en el espacio habitado, las posibilidades de nuevas lecturas de las figuras de la sociedad contemporánea. El espacio habitado, por ser el lugar del espacio practicado, exige, por medio del recorrido del tiempo vivido de cada persona, una lectura posible de las acciones practicadas. Se muestra que la acción humana practicada es comprendida por la estructura narrativa. En

¹ Profesor Adjunto del Curso de Graduación en Filosofía y del Programa Stricto Sensu en Filosofía de la UFFS, Campus Chapecó-SC. Coordinador del Grupo de Investigación en Filosofía y Temática Contemporánea.

² Profesora Asociada en el Departamento de Filosofía. Directora del Programa Doctoral en Filosofía, e Investigadora Principal del Grupo de Investigación en Filosofía y Espacio Público, Instituto de Filosofía (UI&D/502/FCT).

conclusión, la narrativa es la estructura que ofrece las condiciones para la comprensión de las acciones practicadas y que remiten al tiempo narrado y al espacio practicado, principalmente en los contextos que la ciudad adquiere en los cambios derivados del ciberespacio y de la globalización.

Palabras clave: narrativa; espacio habitado; espacio practicado; acción

Abstract: This paper deals with how the concepts of inhabited space and practiced space are articulated in Paul Ricoeur's and Michel Certeau's thought. The purpose is to answer the following question: in what sense are the inhabited space and the practiced space part of the narrative's fabric? Possibilities of new readings of contemporary society's thinkers appear from the "here and now" of the inhabited space by human events. Inhabited space, as the place of the practiced space, requires –through the time lived by each person– a reading from the practiced actions. It is stated that the human action that is practiced is comprehended by the narrative structure. In conclusion, this paper will argue that narrative is the structure that provides the conditions for understanding the practiced actions as referring to the narrated time and the practiced space, mainly in the context that the city acquires due to the changes arising from the cyberspace and globalization.

Keywords: narrative; inhabited space; practiced space; action

Introducción

Constatamos el aumento de teorías contemporáneas de inspiración hermenéutica que ubican en su centro el problema de la relación entre experiencia lingüística y comportamiento humano. Nuestro objetivo es presentar una comprensión aplicada al espacio habitado y al espacio practicado, a partir de Paul Ricoeur (1913-2005) y de Michel de Certeau (1925-1986).

En este sentido, Ricoeur inauguró un modo de comprensión que situó en el centro de la interpretación el hombre que habla, actúa, sufre y busca un equilibrio dinámico entre el decir y el hacer. Este modo de interpretación marca, a su vez, una hermenéutica presente en el examen de la historicidad del ser humano y sus relaciones en el contexto del espacio habitado y del espacio como lugar practicado. Entiéndase que, justamente, en este contexto y entremedio (*Zwischen*) se encuentra el lugar de la hermenéutica (Gadamer, 2005). Esa relación implica interpretar el espacio habitado y el espacio practicado en sus especificidades, con su trama, como si fuera un “texto”. El origen de esta necesidad se encuentra en la constitución del propio individuo en la medida en que se considera el concepto de urbanización, ya que esta se potencializa en el proceso de la metropolización, produciendo nuevos (con)textos y nuevas semánticas que, a su vez, remiten a nuevas interpretaciones.

La urbanización, como señalan Pumain, Paquot y Kleinschmager (2006), es un proceso universal e irreversible. Para Ascher (2010), este proceso se expresa en tres dinámicas socio-antropológicas, a saber: la individualización, la racionalización y la diferenciación social que desarrollan la ciudad como el lugar de todos los acontecimientos. Conforme a Dosse (2013, 86) “los idealizadores de la ciudad moderna viven la ilusión de un dominio total, transformando el hecho urbano en concepto de ciudad”, mientras Certeau comprende que el proyecto urbanístico de la ciudad ocurre a partir de las

operaciones entre “la producción de un espacio propio, la distribución de un no tiempo con relación a las tradiciones y la creación de un sujeto universal y anónimo que es la propia ciudad” (Dosse, 2013, 86). En un mundo globalizado, el plano político y el tecnológico exigen la revisión de los conceptos que remiten, entre otros, a la percepción de la vida, del conocimiento, de la ética, de la cultura, de la política y de la economía. Por eso, al recuperar el horizonte compartido, el diálogo y la alteridad se hacen imprescindibles para la definición del espacio habitado, como sugiere el geógrafo Milton Santos (2014, 41 y 42):

La cuestión del espacio habitado puede ser abordada, según el punto de vista biológico, por el reconocimiento de la adaptabilidad del hombre, como individuo, a las más diversas actitudes y latitudes, a los climas más diversos, a las condiciones naturales más extremas. Un otro abordaje es el que ve el ser humano no más como un individuo aislado, sino como un ser social por excelencia. Podemos así acompañar la manera en cómo la raza humana se expande y se distribuye, acarreando sucesivos cambios demográficos y sociales en cada continente (pero también en cada país, en cada región y en cada lugar).

En esa interpretación Ricoeur (2004, 194) entiende que “cada nuevo edificio se inscribe en el espacio urbano como un relato en un medio de intertextualidad. La narratividad impregna más directamente aun el acto arquitectónico en cuanto que éste se determina con relación a una tradición establecida y se atreve a alternar innovación y repetición”. En este sentido, todavía sobre el concepto del espacio practicado, Dosse (2013, 88) aclara que “Certeau se apoyaba en la tradición fenomenológica, tal como la expresa Merleau-Ponty, cuando distingue un espacio antropológico de un espacio geométrico. De esta forma, la noción del espacio remite a una relación

singular en el Mundo, la dimensión existencial de un lugar habitado”. El concepto aquí problematizado, permite “describir la ciudad como un lugar a ser apropiado por el uso” (Certeau, 1984, 117). Por ejemplo, las personas, al caminar por las calles, crean textos y construyen sus propios significados, y estos subvierten la lógica y la justificación de los significados oficiales que les son atribuidos.

La hermenéutica del espacio comprende la ciudad como un fenómeno cultural que confiere y comporta la capacidad imaginativa de transformar el Mundo. Implica, todavía, la comprensión de un *ethos* y la recuperación de valores que definen el espacio público. La ciudad actúa en la producción e interpretación de símbolos, imágenes y narrativas que configuran el espacio habitado y construido. De esta forma, la ciudad se (re)configura como un espacio (lugar practicado) en vez de ser un mero lugar. La idea de lugar nos remite, nuevamente, a Certeau (2000, 129):

Desde un principio, entre espacio y lugar planteo una distinción que delimitará su campo. Un *lugar* es el orden (cualquiera que sea) según el cual los elementos se distribuyen en relaciones de coexistencia. Ahí pues se excluye la posibilidad para que las dos cosas se encuentren en el mismo sitio. Ahí impera la ley de lo “propio”: los elementos considerados están unos al lado de otros, cada uno situado en un sitio “propio” y distinto que cada uno define. Un lugar es pues una configuración instantánea de posiciones. Implica una indicación de estabilidad.

Las ideas de narrativa y de construcción, en cuanto a aspectos arquitectónicos, requieren de una interpretación, por eso cabe resaltar que “la ciudad se da al mismo tiempo al ver y al leer” (Ricoeur, 2007, 159). Se puede entender el espacio como un lugar practicado (Certeau, 2000), o como la idea de que “tener un mundo

significa comportarse para con el Mundo” (Gadamer, 2005, 572). Estas comprensiones se aproximan a la función narrativa, en tanto en que en esta también están implicadas las nociones de texto y acción, principalmente a partir de los conceptos de prefigurar, configurar y reconfigurar la práctica (cf. Ricoeur, 1983, 1984, 1985). La narrativa fortalece la identidad de los sujetos históricos, es decir de los hombres que actúan y sufren y que, en la esfera de la práctica encuentran sus semejantes y realizan acciones compartidas en un espacio habitado, conforme con la expresión ricoeuriana “mi lugar es allí donde está mi cuerpo” (Ricoeur, 2007, 157).

Al tratar del cuerpo y el espacio habitado, Ricoeur (2004, 193) destaca que “los desplazamientos del cuerpo e incluso su permanencia en el lugar no se dejan expresar ni pensar, ni siquiera, en última instancia, experimentar, sin alguna referencia, al menos alusiva, a los puntos, las líneas, las superficies, los volúmenes, las distancias, inscriptos en un espacio separado de la referencia al aquí y al allá inherentes al cuerpo propio”.

Existe un entendimiento de qué “es la actividad que califica el espacio” (Ricoeur, 2007, 158). Siguiendo esta interpretación, Dosse (2013, 88) afirma que “mientras los arquitectos se orientan por el encanto de las lógicas geométricas que inspiran sus proyectos, esta aprehensión del espacio como espacio practicado, que solo tiene sentido por la acción que ella permite, modifica la perspectiva del pensamiento urbano”. La idea del cuerpo propio se convierte en el punto de referencia y el enlace entre el yo, el mundo y el espacio habitado; también se convierte en el argumento central para la comprensión de la ciudad “pensada como un espacio de iguales - lugar (privilegiado) de la edificación de lo común, de lo humano, y puntos de encuentro interpersonal (...)” (Pereira, 2010, 7). En este sentido, a partir de las consideraciones teóricas hasta aquí desarrolladas, ¿persiste la necesidad de comprender en

qué sentido el espacio habitado y practicado constituyen el tejido de la narrativa?

Narrativa, Espacio Habitado y Espacio Practicado

Una clara relación entre texto y acción es desarrollada en la trilogía de la gran obra ricoeuriana *Tiempo y Narrativa* (1983, 1984, 1985), en los fragmentos en los que trata de los conceptos “prefigurar”, “configurar” y “reconfigurar” la práctica. La intención del autor es responder, poéticamente, a la triple aporía de la dialéctica de la consciencia del tiempo, de la promoción y de la preservación de un sentido humano de la temporalidad y de la historia. Él destaca también la identidad de los sujetos históricos, que actúan y sufren en un recorrido que atraviesa todo el campo reflexivo de la acción humana, y será confirmado de manera explícita en *Soi-même comme un autre* (1990). La obra ricoeuriana hace emerger conceptos fundamentales que delimitan el vigor y la fuerza de la condición humana, tomada como finita y falible. La hermenéutica de la acción puede ser considerada como una reflexión sobre la fragilidad humana y también puede significar la presencia del lenguaje, de la política y de la ética. Igualmente expresan la fragilidad de quien no posee una medida absoluta del bien y del derecho, pero tienen dificultad tanto para comprender el significado de una palabra como para decir y hacer. Pero, justamente, es esa debilidad que involucra el elemento ineludible de la responsabilidad la que anima y mantiene nuestra perseverancia en la acción en búsqueda del sentido frente a las tragedias y los conflictos en la historia (Jervolino, 1996).

En la relación entre espacio habitado y narrativa, es necesario explicitar, también, la importancia de la relación entre narrativa e identidad en lo que se refiere al sujeto y/o a la comunidad, en su cambio-permanencia en la dinámica del tiempo. Una vez asimilada esa relación, es posible comprender las implicaciones entre la narrativa y el espacio habitado, principalmente por estar “arrojados

en el mundo” y porque compartimos un espacio común. Dosse (2013, 90) nos auxilia en la tarea de relacionar ciudad y narrativa, al acentuar la interpretación a partir del texto de Certeau (1990): “esta analogía entre la ciudad/lengua y el caminar/hablar permitía valorizar los procesos de apropiación de la topografía urbana por la de sus actores que se desarrollaban a partir de las relaciones posibles entre los polos diferenciados”. El autor también considera que “Certeau se preocupaba en seguir al caminante por la ciudad como expresión de lo cercano y lejano, de un *aquí* y un *allá*, fuente de las retóricas del caminar” (Dosse, 2013, 90). Sobre este debate, Ricoeur (1994, 9 y 10) afirma que

con la narrativa, la innovación semántica consiste en la invención de una intriga que es, también, una obra de síntesis: virtud de la intriga, objetivos, causas, acasos, son reunidos bajo la unidad temporal de una acción total y completa. Es esta síntesis de lo heterogéneo a la que se aproxima la narrativa de la metáfora.

La innovación semántica propuesta por el autor busca proyectar y extender el alcance de la metáfora y de la narrativa con la adición de nuevos sentidos por medio de la creación lingüística que reúne y remite a mucho más que a la palabra aislada y solitaria, extendiéndose y ampliándose hasta la frase como un todo. De esa forma, a partir de la narrativa, la innovación semántica se fundamenta en la creación/invención de una composición o intriga que involucra objetivos, hechos y causalidades, sintetizados y “reunidos bajo la unidad temporal de una acción total y completa” (Ricoeur, 1994, 10); o, como propone Certeau (1990, 151), “los caminos de los transeúntes presentan una serie de vueltas y desvíos similares a las maneras o ‘figuras de estilo’. Hay una retórica del caminar”.

De este modo, defendemos que la relación entre la hermenéutica y una racionalidad práctica está presente en

el espacio habitado y en el espacio practicado, o sea, esta relación ocurre en una perspectiva triple: como espacio propio constitutivo de la subjetividad; como espacio compartido, que revela el aspecto importante del *logon didonai* (de rendir cuentas de nuestras acciones para otros que viven y, por eso, actúan colectivamente); y, finalmente, como espacio circunstancial, en el cual las cosas se presentan para nosotros. En este sentido el hilo conductor entre subjetividad, narrativa, y espacio compartido y circunstancial ocurre a partir del lenguaje. Es él el que actúa como un *médium* que interrelaciona las experiencias de comprensión entre el espacio habitado y el espacio practicado. Como considera el análisis gadameriano, “el lenguaje es un medio en el cual se realiza el acuerdo de los interlocutores y el entendimiento sobre la cosa en cuestión” (Gadamer, 2005, 497).

La interpretación ricoeuriana favorece la relación de reciprocidad interpretativa entre consciencia y experiencia en la medida que integra de forma dialéctica aspectos conflictivos del tiempo estructural en relación al tiempo vivido en el espacio habitado y en el espacio practicado, amparado por la narrativa. El concepto de narrativa aproxima y también aclara cuestiones conflictivas relacionadas a la acción humana en el espacio practicado. Al trabajar el concepto de narrativa, Ricoeur aborda tres formas de la *mimesis* que, en resumen, es la narración en cuanto poder de establecer vínculos entre los acontecimientos. Puesto que ella no tiene solamente la función de ruptura, sino de conexión, “[...] que precisamente establece el estatuto de transposición metafórica del campo práctico por el *mythos*, [...] una referencia a lo que precede la composición poética.” (Ricoeur, 1994, 77). A partir de la propuesta de Ricoeur (1994), la *mimesis* puede ser clasificada en tres tipos. El primero es de prefiguración, como calidad narrativa de la experiencia respecto a la acción humana que avanza hacia la narración; frente a la narración esta tendencia se transforma en una extensión de la acción como ocurre

cuando uno hace algo y después lo cuenta, relatando lo que se hizo. El segundo, de configuración, como composición de la narración, composición de la intriga y el centro de la narrativa. El tercer tipo es la reconfiguración, como la confrontación entre las expectativas del lector y el mundo del texto.

La tarea de la hermenéutica consiste en la reconstrucción del conjunto de las operaciones por las cuales una obra se alza del profundo opaco del vivir, del actuar y del sufrir, para transformarse en la obra dada por un agente a un lector, y ese, a su vez, cambiaría su manera de actuar. Ricoeur enfatiza que, para la semiótica, por ejemplo, el concepto que permanece es apenas el del texto literario; por otro lado, la hermenéutica “[...] se preocupa en reconstruir el marco entero de las operaciones por las cuales la experiencia práctica se establece en las obras, autores y lectores” (Ricoeur, 1994, 86).

Las tres formas de *mimesis* siguen “[...] el destino de un tiempo prefigurado, por la mediación de un tiempo configurado.” (Ricoeur, 1994, 87). Esta breve presentación del concepto de una triple *mimesis* permite interrelacionar, a partir de la narrativa, el espacio habitado y el espacio practicado. Ricoeur destaca la función que la narrativa posee para hacer el tiempo humanizado, considerando que ese tiempo se hace humano exactamente cuando se organiza en una forma narrativa. La narrativa obtiene su sentido, justamente, en la posibilidad de reproducir, describiendo los aspectos de la experiencia temporal en el espacio habitado, de modo que la temporalidad y la narrativa se fortalecen mutuamente, o sea, “[...] que el tiempo se transforma en tiempo humano en la medida en que es articulado de un modo narrativo, y que la narrativa alcanza su pleno significado cuando se vuelve una condición de la existencia temporal” (Ricoeur, 1994, 85).

En nuestra interpretación, el problema de temporalidad está relacionado con la experiencia humana sobre el tiempo. No se trata de humanizar el tiempo, sino

de indicar cómo damos sentido a la experiencia que tenemos del tiempo. La narración consistiría en el modo de expresar la experiencia humana que tenemos del tiempo en el espacio habitado y practicado, pues ella confiere sentido a la experiencia, al paso que también es temporal en su modo de expresar tal experiencia y sus contextos.

Reflexionando sobre la relación entre tiempo narrado y espacio habitado, la ciudad expresa un tiempo vivido que se expresa en el tiempo narrado por el modo en el que las personas habitan el espacio. La expresión de dicho habitar aparece en la filosofía, en la arquitectura, en la urbanización, en la recreación de los espacios, entre otras formas. Este aspecto respalda la idea de un lugar apropiado por el uso, como sugiere Certeau (2000), es decir del lugar como lugar practicado. De esta forma, una calle geoméricamente definida por el urbanismo es transformada en espacio por la intervención de los caminantes. Igualmente, la lectura es un espacio producido por la práctica de lo que constituye un sistema de signos, o sea, una escritura que se hace la objetivación práctica del habla.

De este modo, podemos afirmar que en la resignificación y en la apropiación del espacio habitado y practicado es posible buscar un vínculo de relación entre la realidad y la ficción en la narración, por ejemplo. De esta forma, surge un interrogante: ¿Tiene el espacio habitado la capacidad de resignificar nuestra experiencia del tiempo vivido? ¿Qué es lo real y qué es lo ficticio en esta descripción del “antiguo” espacio habitado cuando ocurre, por ejemplo, una intervención en la arquitectura y la dinámica del lugar? ¿Qué es lo que hace que un espacio sea al mismo “tiempo” “antiguo” y “nuevo”, cuando los tiempos vividos son distintos? No se trata solo de atribuir un significado al mismo espacio haciendo de él algo antiguo o nuevo. Esta apropiación de lo nuevo, requiere también de una resignificación del lugar y de la propia vida.

La reflexión de Ricoeur en cuanto a las relaciones entre el tiempo y la narrativa no se limita a la configuración o composición de la intriga. En su propuesta, es necesario tomar en cuenta un punto de llegada, una finalidad práctica, una aplicación, por medio de una reconfiguración de las narrativas, cuando consideramos que lo que se produce sea leído, escuchado o visto, o sea, apreciado por otro, dentro de lo que se entiende por espacio habitado. También aquí encontramos una presuposición que se relaciona con la comprensión de Certeau, cuando este afirma que “el estudio de las caminatas cotidianas indica que hay mucho más movimiento creador, de configuración y de tensión dinámica en el más simple momento del habitar, que en el proceso mismo que produce la construcción contemporánea” (Augoyard, 1979, 165). En la reconfiguración es posible, todavía, percibir que la historia narrada lleva consigo la capacidad de confrontarse con la historia y las expectativas de su lector/oyente.

El espacio habitado y el espacio practicado son, en este caso, una invitación para compartir el tiempo de una historia y retomar, en cada uno de nosotros, el tiempo de nuestras vidas. Este artículo tuvo como objetivo explicitar la tesis de que, con la reconfiguración, nos aproximamos definitivamente a la comprensión de una identidad narrativa, porque cuando una historia leída, contada o practicada resuena en la historia de cada vida singular, carga consigo la capacidad de resignificar la propia acción en el espacio vivido. El espacio habitado se transforma en el medio para la apropiación de sí mismo en la medida en que es narrado. Esa capacidad de narrarse a sí mismo y al otro, mientras que está presente en el espacio habitado y actuando en el espacio practicado, confiere a la persona su identidad, o sea, su identidad narrativa.

De esta forma, es posible entender que la constitución de una identidad narrativa es ilustrada en la dinámica cruzada entre la historia y la narrativa en la

reconfiguración de un tiempo con sus dos facetas inseparables: el tiempo fenomenológico y el tiempo cosmológico. Este último será el punto clave para la fundamentación de la comprensión del espacio habitado y del espacio practicado.

Consideraciones Finales

El concepto del espacio habitado se inserta en el contexto de la ciudad y en la comprensión del espacio como lugar practicado lo cual, a su vez, exige volver, entre otros, a los conceptos de cuidado, interpretación, persona, alteridad y espacio público. También son relevantes para el tema las repercusiones y consideraciones de filósofos que, en las últimas décadas, se dedicaron a la investigación hermenéutica y fenomenológica. Como afirma Gadamer (2005, 298), el descubrimiento del verdadero sentido de un texto u obra de arte, de una ciudad, de un espacio, territorio o lugar nunca es determinado; es, de hecho, un proceso infinito. El reconocimiento de la originalidad de la dimensión intersubjetiva permite entender que el mundo es un mundo para nosotros. En este mismo horizonte, la noción de *vita activa*, acuñado por Arendt (2007), pasa a ocupar un lugar de destaque, porque implica la comprensión de los conceptos de trabajo, obra y acción. Aquí el trabajo se relaciona con la vida biológica y con el metabolismo humano con la naturaleza, que garantiza la sobrevivencia de los individuos y la especie humana.

En lo que se refiere al espacio habitado y al espacio practicado, podríamos referir también a lo que tienen en común la *story* (historia de una vida) y la *history* (la historia de la humanidad). Ambas se inician en la acción, que “solamente es real en el ámbito de la trama de las relaciones humana, que es el espacio público y político, donde las personas actúan e interaccionan y de donde surgen las historias” (Nascimento, 2014, 164). La acción es realizada en un espacio-tiempo específico, circunscripto dentro de un espacio, literalmente, habitado

por otros. Con eso, entendemos la cuestión del espacio apropiado para el uso y accedemos a la posibilidad de comprender que el hombre es un *homo faber*, para quien la acción está relacionada intrínsecamente con la pluralidad humana, de manera que solamente actuamos entre hombres, y en la presencia de otros, formando un espacio público para la acción. Aquí tenemos la vida específicamente humana, la vida política. Ricoeur (2004, 194) aclara lo siguiente:

Una ciudad confronta, en el mismo espacio, épocas diferentes, ofreciendo a la mirada la historia sedimentada de los gustos y de las formas culturales. La ciudad se entrega, a la vez, para ser vista y ser leída. El tiempo narrado y el espacio habitado se asocian en ella más estrechamente que en el edificio aislado. La ciudad suscita también pasiones más complejas que la casa, ya que ofrece un espacio para desplazarse, acercarse y alejarse. Uno puede sentirse extraño en ella, errante, perdido, mientras que sus espacios públicos, sus plazas bien rotuladas invitan a las conmemoraciones y a las concentraciones ritualizadas.

Siendo así, el concepto de ciudad, como lugar público, habitado y practicado, se mezcla con los conceptos de la filosofía política, de la filosofía social y de la educación, frente a los desafíos que se presentan en la sociedad global, principalmente en las relaciones con el medio ambiente, la economía, la tecnología, el ciberespacio y la política, entre otros.

Así, debemos considerar que el espacio habitado y el espacio practicado implican conceptos actualizados de comunidad, ciudadanía, cuidado de sí mismo y del otro, identidad, pertenencia, reciprocidad, responsabilidad, mutualidad, entre otros. Es sobre esos conceptos, circunstancias y encuentros que se “inserta el acto de ‘vivir en’, el cual posee sus propias polaridades: residir y

desplazarse, resguardarse bajo el techo, franquear el umbral y salir fuera (Ricoeur, 2004, 193). Este acto implica siempre un horizonte de expectativa, principalmente en el contexto de la ciudad globalizada.

También en Certeau (1987, 84) encontramos bases consistentes para establecer la relación entre narrativa, espacio habitado y practicado: “vivir, es narrar. Fomentar o restaurar esta narración, es también una tarea de rehabilitación”. Tal vez aquí, el punto de interrelación sea la confluencia con el concepto de situación hermenéutica, que nos define como seres históricos, que comparten espacios comunes: “El horizonte es el ámbito de visión que abarca y encierra todo lo que puede ser visto a partir de un determinado punto. Aplicando este concepto a la consciencia pensante, hablamos entonces de la estrechez del horizonte, de la posibilidad de ampliar el horizonte, de la apertura de nuevos horizontes, etcétera.” (Gadamer, 2005, 339).

El contexto globalizado exige una perspectiva intercultural filosófica, dada la complejidad generada por la propia globalización. Así, por tratarse de un mundo global, educadores, profesionales y otros agentes públicos requieren de una formación que permita desarrollar aprendizajes significativos, identificando factores de cohesión e inclusión, y respondiendo a las necesidades contemporáneas relativas al conocimiento y a la emancipación, sin perder de vista que el tiempo es (ahora) compacto, por eso a veces también se dice que el “tiempo es dinero”. En la extensión de la jornada no remunerada y del tiempo de ocio, cada vez más compramos aparatos para el tiempo de ocio y para aprovechar el tiempo (Pereira, 2019). En esta perspectiva todavía cabe destacar que el trabajo no domestica al trabajador, sino que actúa en su funcionalidad, que abdica de sí, porque será salvado por su trabajo (Pereira, 2019).

Las ciudades en la modernidad se construyen alrededor de las fábricas, y cargan el estigma de ser el lugar de trabajo y entretenimiento. La persona es

convencida de que su bien-estar y su sobrevivencia dependen, únicamente, de la contribución de su trabajo. Se generalizó una cultura del trabajo, en la cual no hay división entre el ocio y el trabajo, todo queda mercantilizado (Pereira, 2019). Somos juzgados por nuestro trabajo, y nuestro tiempo pasa a ser el tiempo de lo virtual. Este es un tiempo continuo que, a su vez, comprime el espacio del ocio. Existe, por lo tanto, una red que nos domina casi completamente. La identidad personal desaparece en aquello que se puede esperar o desear del mundo centrado en el consumo y los valores del mercado. Al contrario, la idea de identidad narrativa exige el reconocimiento del mundo y del otro en el espacio habitado, porque “aquello que sentimos, percibimos, hacemos o decimos es –como una alfombra tibetana– imbricado con aquello que los demás sienten, perciben, hacen o dicen” (Waldenfels, 2008, 102). El reconocimiento confiere al yo la posibilidad de pasar de ser un simple espectador del mundo y de los otros a ser un sujeto encarnado, que reconoce a sí mismo y al otro, por medio de grandes edificaciones culturales e históricas. Ricoeur (2007, 157) acentúa eso al afirmar que el “primer marco en la vía de la espacialidad que la geografía pone en paralelo con la temporalidad de la historia es aquella propuesta por una fenomenología del “local” o del “lugar”. Eso, también, nos permite entender que “el acto de habitar, de “vivir en”, se sitúa en los confines del espacio vivido y del espacio geométrico” (Ricoeur, 2004, 193).

La comprensión del encadenamiento entre la vida y la narración pasa, necesariamente, por el carácter funcional de las variaciones imaginativas. Somos instruidos por el poder evocativo de las imágenes y las narrativas. En este sentido, “las variaciones imaginativas son experiencias del pensamiento a partir de las cuales es posible la creación de un mundo del texto donde los personajes actúan, sufren, narran, y se proyectan, entre otros” (Nascimento, 2014, 212).

Esa comprensión del espacio, sea habitado y/o practicado se junta a la esfera política que se concibe a partir de la comunidad local, en la cual la práctica social se establece en una esfera en la que las personas pasan a desarrollar los bienes compartidos con los demás. Eso se corrobora en el establecimiento de los espacios públicos propicios para el diálogo y el enfrentamiento final que se busca. Esa idea de progreso, o sea, aquello que es deseado podrá o no ser alcanzado mediante determinadas características propositivas que el sujeto podrá desarrollar a lo largo de su vida y, consecuentemente, representarán la historia narrativa de una vida. “A decir verdad, siempre es posible, a menudo urgente, desplazarse, a riesgo de ser ese paseante, ese vagabundo, ese errante que la cultura contemporánea dividida en todos los sentidos pone en movimiento y paraliza a la vez” (Ricoeur, 2004, 192).

Para terminar, consideramos apropiado el encuentro entre la historia, la narrativa y el cuerpo propio, porque como Gadamer (2012, 462) ya destacó “donde quiera que haya un mundo humano, también habrá las antiguas virtudes como el amor, la compasión y el reconocimiento”, mientras que los valores que son perpetuos encuentran resonancia en el espacio habitado y practicado. Estas interpretaciones demuestran que “hablar sobre el futuro de la urbanización y de las ciudades es cosa temeraria. Sin embargo, no hablar sobre el futuro es deserción, no se trata del futuro como certeza, porque eso sería desmentir sobre su definición, pero más como tendencia” (Santos, 1993, 117). Los conceptos de prefigurar, configurar y reconfigurar la ciudad y las implicaciones de estos tres momentos siguen siendo abiertos luego de la finalización del texto, para permitir pensar los desplazamientos que la vida moderna exige, bien como los aspectos relacionados a la educación, sociedad, salud y política, entre otros. Finalmente, sobre el concepto de ciudad, destacamos la siguiente reflexión de Certeau (1990, 85 y 86): “la ciudad está ahí. Ella es nuestro espacio y no tenemos ningún otro. Creemos en

estas ciudades. Es en las ciudades que respiramos. Cuando subimos al tren, es para ir de una ciudad a otra. No existe nada deshumano en una ciudad, sino de lo contrario nuestra propia humanidad”.

De este modo, considerando las ciudades globales y sus complejidades, la relación entre soledad y ciudad se configura en un objeto de estudio profundamente importante, en el cual se percibe el distanciamiento y el vacío de la convivencia entre las personas.³

Referencias

Augoyard, J.-F. *Pas à pas. Essai sur le cheminement quotidien en milieu urbain*. Paris: Seuil, 1979.

Arendt, H. *A condição humana*. Rio de Janeiro: Forense universitária, 2007.

Ascher, F. *Os novos princípios do urbanismo*. São Paulo: Romano Guerra, 2010.

Ascher, F. *Metápolis ou l'avenir des villes*. Paris, Odile Jacob, 1995.

Certeau, M. *The Practice of Everyday Life*. Berkeley/LA e Londres, 1984.

Certeau, M. “Marches dans la ville”. In: *L'invention du quotidien*. Paris: Gallimard 1990, 139-169.

Certeau, M. “Les revenants de la ville. Paris, le retour de la ville”. *Revue Architecture intérieure/Créé*, n. 192-193, janvier-février 1983, 98-101; retomado em *Traverses*, n. 40, avril 1987, 74-85.

Certeau, M. *La Invención de lo Cotidiano*. v. 1. Artes de Hacer. México: Cultura libre, 2000.

³This publication is funded with National Funds through the FCT/MCTES - *Fundação para a Ciência e a Tecnologia/ Ministério da Ciência, Tecnologia e Ensino Superior* (Science and Technology Foundation / Ministry of Science, Technology and Higher Education), in the framework of the project of the Institute of Philosophy with the reference FIL/00502.

Dosse, F. “O espaço habitado segundo Michel de Certeau”. *ArtCultura*, Uberlândia, v. 15, n. 27, jul.-dez. 2013. 85-96.

Gadamer, HG. *Verdade e Método: Traços Fundamentais de uma Hermenêutica filosófica*. Petrópolis, 2005.

Gadamer, H-G. *Hegel, Husserl, Heidegger*. Trad. Marco Antonio Casanova, Petrópolis: Vozes, 2012.

Do Nascimento, C. R. *A questão da vida em Paul Ricoeur*. Tese apresentada ao Departamento de Filosofia da UFSC. Florianópolis, SC, 2014. 236 p.

Jervolino, D. “Sull’ermeneutica della prassi. Gadamer e Ricoeur”. In Jervolino, D. *Le Parole della Prassi: Saggi di ermeneutica*. Napoli: Città del Sole, 1996, 137-160.
Pereira, P. C. (org.). *A Filosofia e a Cidade*. Vol I, Porto, 2008.

Pereira, P. C. (org.). *A Filosofia e a Cidade*. Vol. II, Porto, 2010.

Pereira, P. C. (org.). *Espaço Público: Variações críticas sobre a urbanidade*. Porto, 2012.

Pereira, P. C. *Anotações realizadas na disciplina Ética e Política na Universidade do Porto*, período letivo I/2019.

Pumain, D.; Paquot, T. e Kleinschmager, R. *Dictionnaire: La ville et l’urbain*. Paris: economica, 2006.

Ricoeur, P. *Temps et récit*. 3 v. Paris: Seuil, 1984/6.

Ricoeur, P. *Tempo e narrativa*. Tradução de Constança Marcondes Cesar. Campinas: Papyrus, 1994.

Ricoeur, P. *Tempo e narrativa*. Tradução de Marina Appenzeller. Campinas: Papyrus, 1995.

Ricoeur, P. “Architecture et narrativité”. *Urbanisme*, n.303, p. 44-51, nov-déc., 1998.

Ricoeur, P. *A Memória, a História, o Esquecimento*. São Paulo: Unicamp, 2007.

Ricoeur, P. *La Memoria, la Historia, el Olvido*. Buenos Aires, Argentina: Fundo de Cultura Economica, 2004.

Santos, M. *A urbanização Brasileira*. São Paulo: HUCITEC, 1993.

Santos, M. *Técnica, espaço, tempo: globalização e meio técnico-científico-informacional*. São Paulo: Hucitec, 1998.

Santos, M. *A natureza do espaço*. 4ª ed. São Paulo: EDUSP, 2004.

Santos, M. *Metamorfose do espaço habitado: fundamentos teóricos e metodológicos da geografia*. Ed. 2. Reimp. São Paulo: Editora da Universidade de São Paulo, 2014.

Scott, A., Agnew, J. Soja, E. & Storper, M. “Cidades-regiões globais”. In: *Espaço e Debates: Aliança e competição entre cidades*. São Paulo: NERU, n. 41, 2001, 11-25.

Waldenfels, B. *Fenomenologia dell'estraneità*. Trad. Gabriella Baptist, Napoli: Vivarium, 2002.